

“¡Denle un lápiz a Hugo Díaz!”

Tuve el privilegio de conocer a Hugo Díaz desde los lejanos años de estudiantes en el viejo y querido Liceo de Costa Rica.

A pesar de no ser compañeros de curso —él era mayor— forjamos muy buena amistad. Ambos fuimos colaboradores del periódico del colegio, Vértice.

Recuerdo que los magníficos dibujos de los preparados que nos exigía observar en el microscopio el exigente profesor de biología, Joaquín Vargas Méndez, hechos por Hugo y que nos heredó a Moisés Guevara y a mí, cuando él se graduó de bachiller, nos fueron de gran utilidad para aprender y comprender mejor los misterios de la célula y los tejidos.

Cierta vez el inolvidable profesor de historia, Carlos Monge Alfaro, pidió a un estudiante pasar al frente de la clase y hablar sobre las guerras púnicas.

El pobre muchacho no había estudiado aquel tema y su angustia se reflejó tan ostensiblemente en su semblante que todos creyeron que iba a desmayarse. Fue entonces cuando el profesor exclamó: “¡Denle un lápiz a Hugo Díaz! Este muchacho debe tener el retrato de su expresión de hoy para que no vuelva a dejar de estudiar sus lecciones...”

La afinidad de las carreras que ambos elegimos, Hugo como extraordinario cultor del humor, la crítica y el arte, y este mortal como periodista, contribuyó a cimentar la amistad nacida en el Liceo.

Fuimos compañeros, durante varios años, en el diario LA REPUBLICA. Fue cuando aprendí a conocerlo mejor, como profesional, como artista y, especialmente, como ser humano.

Sus extraordinarias viñetas en la página editorial de LA REPUBLICA se constituyeron en verdaderas radiografías de la realidad nacional, así como las que dibujaba en otras publicaciones nacionales, como el Semanario Universidad, Contrapunto, El Pueblo, Revista Ocho Días y anteriormente en el Diario de Costa Rica.

Fue un defensor valiente e inteligente de las causas nobles y duro crítico de la corrupción en todas sus formas.

Me correspondió el alto honor de formar parte, junto a mis estimables colegas Oscar Castro Vega y Manuel Emilio Morales, del jurado que concedió el año pasado a Hugo el Premio Nacional de Periodismo Pío Víquez. Sigo creyendo, como entonces les dije a mis colegas, que más que honrar a Hugo con ese galardón, lo que hacíamos era enaltecer el premio al concedérselo a él...

Gracias a Dios, su obra queda para perpetuarlo. A través de ella y del amor, humildad y sabiduría que derramó a su paso por este mundo, su espíritu vivirá eternamente para regocijo y consuelo de su esposa, hijos, nietos y demás familiares.

Seguramente, Dios lo recibió en el cielo con una pluma, un tintero y una hoja en blanco, saboreando, de antemano, el infinito placer de acoger en su reino al más fino y agudo humorista llegado de este mundo...

WALTER HERNANDEZ VALLE
PERIODISTA